

*A Henri Cazalis*

Besanzón, 14 de mayo de 1867

Querido y querido:

Aprovecho, para contestarte, la encantadora emoción que me produjo tu carta.

Tienes razón ¿qué decirse? Por otra parte, si estuviéramos cerca, nos dejaríamos ir, de la mano, en una interminable conversación, por una gran avenida rematada en un chorro de agua, como el temblor de una hoja de papel en blanco, que parece pedir unos versos largamente soñados, y que sólo contiene unas pocas líneas de esa amistad que ha terminado siendo de tal manera parte de ti que la has olvidado, como lo demás de ti mismo y que apenas te separa de un sacrilegio.

Acabo de pasar un año terrible: mi Pensamiento se ha pensado y ha llegado a una Concepción Pura. Todo lo que, en compensación, ha sufrido mi ser, durante esta larga agonía, es inenarrable, pero, felizmente, estoy perfectamente muerto, y la región más impura en la cual puede aventurarse mi Espíritu es la Eternidad, mi Espíritu, ese habitual solitario de su propia Pureza, que no logra oscurecer siquiera el reflejo del Tiempo.

Por desdicha, he llegado allí por una horrible sensibilidad, y es tiempo ya de envolverla con una exterior indiferencia, que reemplazará en mí a la fuerza perdida. Estoy recuperando lentamente tal fuerza tras una síntesis suprema, y soy incapaz de distraerme. Lo estaba mucho más hace unos meses, ante todo por mi lucha terrible contra ese viejo y maligno plumaje, felizmente vencido: Dios. Pero como la lucha ocurrió sobre su ala huesuda, la cual, por una agonía mucho más vigorosa de la que hubiese sospechado en él, me había conducido a las Tinieblas, yo caía, victorioso, infinitamente, hasta que un día me vi ante mi espejo de Venecia, tal como me había olvidado meses atrás.

Confieso, por otra parte, pero sólo a ti, que necesito, por lo tremendas que han sido las averías de mi triunfo, mirarme en ese espejo para pensar, y si el espejo no colgara ante la mesa desde la cual te escribo, me convertiría de nuevo en la Nada. Quiero decirte que ahora soy impersonal, y ya no el Stéphane que tú conociste, sino una aptitud que el Universo Espiritual tiene de verse y desarrollarse, a través de quien fue yo.

Frágil como es mi aparición terrestre, sólo puedo padecer los desarrollos absolutamente necesarios para que el Universo recupere, en ese yo, su identidad. Así logro, en la hora de la Síntesis, delimitar la obra que será la imagen de ese desarrollo. Tres poemas en verso, cuya obertura es *Hérodíade*, pero de una pureza tal que ningún hombre ha alcanzado y quizá no alcance nunca, aunque es posible que yo sea el juguete de una

ilusión, y que la máquina humana no sea lo bastante perfecta como para alcanzar tales resultados. Y cuatro poemas en prosa sobre la concepción espiritual de la Nada.

Me hacen falta diez años: ¿los tendré? Sufro todavía mucho del pecho, no porque esté atacado, sino porque es de una horrible delicadeza, que mantiene el clima negro, húmedo y glacial de Besanzón. Quiero dejar esta ciudad por el Mediodía, quizá por los Pirineos, durante las vacaciones, e ir a enterrarme, hasta que mi obra esté hecha, en un Tarbes cualquiera, si encuentro lugar. Es necesario, pues otro invierno en Besanzón me mataría. Por desdicha, no tendré dinero para ir a París, y vivo miserablemente aquí, donde todo es muy caro, hasta las chuletas. Es necesario, entonces, que vengas a verme, o corremos el riesgo de no volver a encontrarnos. Lefébure va a pasar un mes con nosotros, ¿por qué no haces lo mismo? Tus vacaciones, según creo, empiezan pronto. Ven, entonces.

Para terminar con lo que me atañe, te diré que Marie y Geneviève crecen, y son sorprendentemente diablitas, lo que me resulta menos doloroso que antes, ya que mi sistema nervioso se ha invertido, por así decirlo, y cualquier absurdo me hace el mismo daño que, un año atrás, me hacían los gritos de los niños ¡Si supieras cuánto se te agradece la Aritmética de la señorita Lili! Disculpa, Henri, que no te haya expresado antes esta gratitud.

Ahora, tú. Tus títulos y tus proyectos poéticos me entusiasman. Hice un largo descenso por la Nada para poder hablar con tanta certeza. Sólo hay la Belleza, y ella sólo tiene una expresión perfecta, la Poesía. Todo el resto es mentira, salvo para quienes viven del cuerpo, del amor y de ese amor del espíritu que es la amistad.

Espero que tu reina de Saba y mi Herodías sean amigas. Puesto que eres tan feliz como para tener amor a más de poesía, ama: en ti, el Ser y la Idea habrán encontrado ese Paraíso que la pobre humanidad sólo espera con la muerte, por ignorancia y pereza, y cuando pienses en la Nada futura, cumplidas ambas felicidades, ya no estarás triste y hasta lo hallarás muy natural. Para mí la Poesía ocupa el lugar del amor, porque está enamorada de sí misma y su voluptuosidad recae deliciosamente en mi alma: pero confieso que la Ciencia que he adquirido o recuperado en el fondo del hombre que fui, no me bastaría y entraría en la Desaparición suprema con el corazón encogido, si no hubiese terminado mi obra, que es la *Obra*, la Gran Obra, como dicen nuestros ancestros los alquimistas.

Entonces, aunque el Poeta tenga a su mujer en su pensamiento y su hijo en la Poesía, adora tú a Ettie, a la que amo como a una rara hermana. ¿No está acaso ligada a mi infancia, como tú, Henri, puesto que, antes que mis primeros versos, que se remontan al tiempo en que te